

EL TRÁPALA

A lo mejor algún psicólogo encuentre explicación a la identificación que muchas personas solemos tener con los trápala, granujas, tunantes o como queramos llamarlos. Son muchas las acepciones que tiene el concepto en nuestra lengua, señal de que es muy usado tanto el concepto como el oficio. Ni siquiera el gran Cervantes pudo evitar escribir en varias ocasiones sobre los pícaros, chorizos de medio pelo, de su época.



No es cuestión de desvelar el argumento del libro de Kent Follett "La caída de los gigantes", pero hay un personaje que nos cae bien. Es el hermano de Grigori, Lev. Un auténtico bandolero que se dedica a hacer tropelías y marranadas a todo bicho viviente que se cruza en su camino. Fiel reflejo de que la figura existe en todo el mundo, no es patente española.

Y es que nos cae bien el tunante, en términos generales con una sola condición: que sea un forajido honrado. Vaya por delante que no es contradicción el uso de los dos términos: honrado contrapuesto a forajido. Aún cuando semánticamente tengan un significado, para nosotros, afectivamente, tiene otro distinto. Es el choricete gracioso que roba un saco de naranjas para tomarse la litrona. A fin de cuentas "no hace daño a nadie" que dice el vecino jubilado de turno, "mientras no se meta con las personas honradas...".

Es el personaje, que siempre está al borde del precipicio, con sus pequeños hurtos, sus pequeñas infracciones, sus "porculeos" a deshoras, la borrachera graciosa, el pedir el euro para el bocata cuando el que se lo da sabe para lo que es, etc. Ese personaje va siempre con el engaño por delante, o al menos con el intento de engañar, porque la verdad es que no lo consigue nunca. Sus mentiras suenan tan falsas, tan a trola, que no se las cree ni él mismo. Lo que pasa es que muchas veces "por no escucharlo ..."

Este personaje suele dejar en la estacada, a las primeras de cambio, al amigo honrado, al hermano, al que siempre va por derecho. Lo que pasa es que, cuando reflexiona, se arrepiente de verdad, con toda la sinceridad del mundo, de la jugada que ha hecho. Se arrepiente de haber hecho algo que perjudica al amigo. Lo que pasa es que no puede evitar volver a hacer la jugarreta.

La condición para que nos caiga bien es que tiene que ser legal a pesar de todo. Y eso se nota, ivaya si se nota!. Un bribón puede ser el trápala más grande del mundo, pero si es sincero, auténtico, va a tener siempre el perdón y la justificación del amigo porque "es que es buena gente". En el fondo todos pensamos que no es más que un personaje arrastrado por las circunstancias que no le han favorecido en su vida.



El que siempre cae mal es el prepotente, el engañifa profesional, el tergiversador siempre buscando recovecos falsos, el que a conciencia engaña sin importarle para nada el mal que cause al que se sienta enfrente. El que tan solo piensa en su beneficio, en su bolsillo y para ello aprovecha circunstancias para enriquecerse aun a costa de matar su conciencia, si es que la ha tenido alguna vez, y utiliza amistades supuestas, influencias, medios técnicos que maneja a las mil maravillas. Ese es un bicho de mal agüero. Un indeseable al que nadie quiere tener como amigo aunque tenga que soportarlo como vecino, como colega de asiento o como compañero de mesa en el trabajo.

Ese sujeto ya lleva su castigo en el repudio de cada persona con la que se cruza. Y no es necesario que le diga el asco que le produce al que tiene la obligación de obedecerlo o de facilitarle algo; sólo con mirar a los ojos al servidor, si es que se atreve en su soberbia, tiene suficiente. La mirada es algo que no se presta a mentiras ni a medias tintas.



La naturaleza humana siempre tiende a la justicia, por eso toma parte por el débil frente al poderoso.

